

BIBLIOGRAFIA

AGUSTINA SCHOEDER OTERO: *Historia de María la Virgen Madre*. Prólogo de Ismael Quiles. Ediciones Fax. Madrid 1951, 331 páginas.

Ediciones Fax, Madrid, nos brinda con la obra de Agustina Schoeder Otero un libro realmente excepcional, de calidades nada comunes.

La autora ha sabido sencilla y elegantemente superar las dificultades propias del tema, porque toda biografía es difícil, pero cuando los datos escasean y son del dominio público es casi una empresa homérica conseguir una obra original sin pedantería, sencilla sin vulgaridad.

No queremos pasar por alto ninguna faceta de esta obra realmente personal, artística y profunda.

Las breves referencias, sobre todo del Evangelio según San Lucas, forman el núcleo central; éste se apoya sobre una documentada base histórica y se ilumina con un profundo saber teológico. Todo ello constantemente ilustrado con citas bíblicas llenas de gracia y oportunidad. Sólo anotamos una entre mil: en el último capítulo todas las parábolas del Evangelio desfilan en calidad de experiencias cotidianas de Jesús niño. Es lo más realista y poético que puede darse (pág. 267 y sig.).

Nos sitúa frente a los cuadros y éstos viven de tal manera que sólo basta mirar; los personajes poseen una abrumadora verdad psicológica, parece que somos testigos presenciales asomados a sus almas.

Continuamente se entrelazan las reflexiones de la autora que nos muestra aspectos desconocidos o ignorados, por ejemplo: el encuentro de Jesús y San Juan Bautista por primera vez, en Jerusalén, a los doce años (pág. 297 y sig.).

En cuanto a la forma hay una admirable fusión de profundidad y sencillez, de verdad vivida y diafanidad, de teología y poesía. Un estilo ágil y natural como una improvisación, maduro y meditado como el empleo de la frase corta y la ausencia total de lugares comunes (evita cuidadosamente las oraciones de relativo y el empleo de los verbos tener, ser, dar, hacer e ir, pecados literarios de la mayoría).

Las metáforas inusitadas, los adjetivos expresivos y delicados. Intensa sensibilidad plástica frente al paisaje, extraordinaria fuerza en las descripciones. Todo, en suma, nos pone frente a una verdadera obra de arte.

El libro está animado en primer término por un profundo sentido religioso y demuestra que no es, no puede ser, fruto sólo del lirismo poético sino resultado de un alma ardiente y contemplativa.

Hoy, en medio de los libros retorcidos y angustiados que nos asfixian, es sumamente digna de alabanza la aparición de obras como la presente, magistrales en cuanto a la forma, sapienciales en cuanto al fondo.

MARÍA MARTÍNEZ

MIGNON DOMINGUEZ: *El Pacará de los Tucos*. Buenos Aires, 1952, 124 páginas. Prólogo de Carmelo Bonet.

Primer libro de una escritora. Esperanza hecha realidad. Y la realidad no defrauda las esperanzas en este caso.

Mignon Domínguez es la autora. Y un gran nombre para la revista. Fué su primera directora y la que inició *Amicitia*, con todos los trabajos y ansiedades que supone la gestación de una obra, más cuando ésta pertenece al mundo de las ideas y del arte.

El libro, librito casi podríamos decir si atendiéramos a su tamaño material, está formado por nueve cuentos breves y unas estampas catamarqueñas, cargadas del lirismo de la ingenuidad.

Argumentos simples, pero que por ello permiten ser enojados con ideas puras, con palabras suaves.

Indudablemente, si se quiso hacer arte, el arte afloró en la obra humana. Conceptos, descripciones, evocaciones tocan a la inteligencia y al corazón creando un clima que permite a los cuentos sucederse sin transiciones bruscas.

Hay en ellos, lo que es difícil de encontrar, esa compenetración honda del que escribe, y que sólo produce el amor. Amor a la tierra, amor a la vida. Vida simple, pero llena, jugosa por su plenitud. Amor de simpatía. Amor de Caridad. Sentimiento no sólo de la naturaleza, sino, sobre todo, de Dios. Aunque no se lo mencione casi.

Cuentos sembrados de luces y armonías. Cuentos de la patria a lo largo de la historia, que dejan en el alma pensamientos. Dejan paz.

Tienen su ventana "abierta al infinito" porque tienen caridad.

ELISA SAINT-GERMÈS

S. T. ELIOT: *Poesía y drama*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1952. Título original: *Poetry and drama*. Traducción de Jorge Zalamea. 57 páginas.

Cincuenta y siete páginas, ¿un libro? Hoy día acostumbrados a los volúmenes de centenares de cuartillas, tal vez pueda hacer sonreír el pensar que se haya escrito un libro en tan poco espacio. El libro no se escribió en tan poco espacio, pero sí se editó en esta forma.

El presente volumen está constituido por dos conferencias que S. T. Eliot pronunciara en ocasión de inaugurar la Fundación Theodore Spencer en la Universidad de Harvard. Trabajo sintético, trabajo elaborado.

Sus primeras palabras son para el amigo. El llegar a los más altos honores que pueda conceder el mundo de las letras a un escritor —premio Nobel 1948 y el aplauso continuo del público— no le impide la cordialidad amistosa —no en vano es inglés por adopción— y al retrato espiritual del escritor se suman los recuerdos íntimos y las profundas emociones y por sobre todo su admiración al poeta.

Ya el título nos está revelando algo de su contenido. Poesía y drama: este es el tema que se propone desarrollar y lo hace analizando el uso de la poesía con propósitos dramáticos y los efectos dramáticos sobre la poesía. Se propuso este temario porque "quería que fuera un tema relacionado en algún modo con lo que le interesaba a Spencer y un tema sobre el cual hubiese deseado él mismo escucharme".

En el primer estudio retoma el tema tan debatido del teatro en verso y el teatro en prosa poética. Aquí nos hallamos ante el dramaturgo que convertido en crítico y en estilista analiza las obras de arte y expone su propia doctrina estética. No es la primera vez que Eliot asume este papel.

¿Es el crítico o el poeta que habla cuando le oímos decir que "posee potencialmente el teatro poético algo que el teatro en prosa jamás puede ofrecer al espectador"? "La poesía tiene que justificarse a sí misma dramáticamente y no ser simplemente pura poesía ajustada a una forma poética", en cuyo caso el espectador estaría oyendo y gustando —tal vez— poesía al mismo tiempo que presencia el drama como dos entidades superpuestas pero no unificadas, "y no debe escribirse nunca en verso ninguna obra para la cual la prosa sea adecuada dramáticamente".

Hablando de prosa y verso no podía estar ausente el pobre Monsieur Jourdain que se admiró de hablar en prosa. Eliot le replica que "no habla en prosa, apenas si con-